

Educación, una doble perspectiva: para los laicos y para el Sangha

Presentado en Berlín en la Conferencia “*Buddhism in Action*”. 1-3 de abril de 2016

El próximo año 2017 asistiremos a un señalado aniversario que, si no fuera por la gravedad del hecho que entraña, podríamos considerar como una curiosidad en el anecdotario de la historia de los organismos internacionales: se cumplirá el 50 aniversario de la International Conference on the World Crisis in Education que, bajo el auspicio de la UNESCO, tuvo lugar en Williamsburg, Virginia, Estados Unidos. En dicha conferencia se advertía de una crisis educativa a nivel planetario cuya solución debía de ser acometida con urgencia a fin de evitar una serie de consecuencias que, a día de hoy, podríamos considerar de una enorme ingenuidad. Los problemas a los que hoy nos enfrentamos a nivel social y que tienen su origen, aunque no su causa, en el ámbito educativo demuestran claramente que esa crisis nunca se solucionó y no ha dejado de incrementarse. El mundo ha evolucionado mucho más rápido y en direcciones muy diferentes de lo que se podía prever hace medio siglo y la sociedad no ha conseguido adoptar las medidas necesarias para anticiparse a los efectos perversos de esos cambios. Hoy día, vivimos una permanente sensación de desazón y conmoción directamente proporcional al desarrollo, a las posibilidades tecnológicas y las crecientes cotas de lo que comúnmente llamamos libertad. Y ello se debe a que, contrariamente a lo que podíamos imaginar, todo ese desarrollo económico, todos los avances tecnológicos están facilitando la proliferación de actitudes y reacciones sociales que pueden acabar por subvertir ese futuro de bienestar y prosperidad que tan felizmente nos prometíamos.

Antes de continuar, tengo que aclarar que yo no soy un experto en educación, sino que mi ámbito de formación y trabajo ha sido el de la comunicación y la información. Así pues, mis conocimientos al respecto están basados únicamente en lecturas e intercambios con profesionales. El análisis que pretendo llevar a cabo en este artículo está basado en mi experiencia como espectador de los hechos, como observador de la realidad cotidiana.

Estamos todos de acuerdo en que la educación es la principal herramienta para el desarrollo humano. Las definiciones más habituales de educación nos hablan de la formación destinada a desarrollar la capacidad intelectual, moral y afectiva de las personas. Una de las metas de la educación a escala mundial está relacionada con la formación integral del hombre.

Dado que el hombre es un ser social que depende en gran parte de sus semejantes para lograr el desarrollo integral de sus potencialidades, su relación con el contexto está caracterizada por la formación obtenida en su familia y en la educación formal, de modo que ésta debe ajustarse a la cultura y a las normas de convivencia de la sociedad.

Sin embargo, a partir de estas definiciones y analizando la realidad de nuestros sistemas educativos en general y el deficiente resultado práctico de los mismos, se hacen evidentes una serie de disfunciones cuyo origen hay que buscarlo en una clara pérdida de perspectiva en los propios objetivos de la educación.

La necesidad de aprender, conocer y comprender como factor intrínseco al ser humano queda sometido a las exigencias que la sociedad actual ejerce sobre los hombres y las mujeres, y que está orientada, más que a elevar la calidad de las personas en cuanto a las competencias cognitivas y a un sistema de valores, a elevar la calidad del producto humano requerido por la sociedad. Los estudiantes pasan por una educación cada vez más estandarizada, más utilitarista e instrumental, cuya principal finalidad es la de convertirlos en elementos útiles para la sociedad. Sin duda, la intención de este sistema no es otro que un intento de asegurar la cohesión social y el desarrollo económico en un entorno de paz, pero, tristemente, la realidad nos demuestra que ni siquiera está asegurada la consecución de estos objetivos y, sin embargo, el objetivo superior del aprendizaje para la vida, el desarrollo integral de la persona y la iluminación de la mente, se ha quedado por el camino. El resultado es un panorama educativo desolador, con unos niveles inaceptables de fracaso escolar, bajas calificaciones y estudiantes desmotivados para ampliar su formación conscientes de su bajo nivel de preparación y faltos de los saberes de referencia imprescindibles para el desarrollo personal en toda su amplitud.

Asimismo, contemplamos el debilitamiento de otro de los pilares fundamentales en la educación de los jóvenes, que no es otro que la familia. La estructura familiar tradicional ha sufrido una profunda transformación en estas últimas décadas, fundamentalmente en los entornos urbanos, donde cada vez toman más relevancia formas menos estructuradas distintas a las familias nucleares tradicionales y donde, observamos, los nuevos modelos de familia no han conseguido asumir todas las obligaciones que son de su responsabilidad. Diversos estudios realizados en países europeos muestran que vivir en una familia no nuclear afecta significativamente y de forma negativa el rendimiento académico de los alumnos. Cuando esto ocurre, se juzga que la educación de los hijos no es buena y se critica a la escuela y a los maestros por estos resultados. Por su parte, los maestros consideran que las deficiencias en el resultado educativo son una consecuencia de la poca cooperación de los padres. En este juego de culpabilización mutua, de reparto de roles, hay una parte importante de la educación de los jóvenes que queda en “tierra de nadie” y es, precisamente, la que se refiere a los valores y los ideales.

Por último, podemos señalar que la progresiva secularización de la sociedad y las características de un orden económico basado en la competencia y la maximización de beneficios han acabado por imponer sus reglas. A ello hay que añadir la necesidad de implementar conocimientos prácticos orientados a desenvolverse en una sociedad cada vez más tecnológica. El resultado es que el sistema educativo prácticamente ha abdicado de inculcar valores éticos y humanos. Las humanidades tienen menos peso y se presta menos atención a desarrollar el carácter de los jóvenes en favor de un mero desarrollo de la inteligencia en la dirección única de la mayor competencia profesional. La filosofía y la religión en particular cuentan hoy día con una escasa relevancia en los programas educativos y el resultado no puede ser otro que una progresiva deshumanización de los contenidos. La búsqueda de una solución a esta realidad, sin embargo, no puede llevarnos a negar la importancia de la tecnología, ni a asumir que todos los procesos tecnológicos conllevan necesariamente un proceso paralelo de deshumanización.

La superación de esta dicotomía es lo que, precisamente, se ajusta al ideal de educación acorde con los principios budhistas. Para el Buddhismo, el carácter práctico que sin duda debe tener la educación para dar respuesta a los retos que impone la realidad social en cada momento debe

integrarse con los demás requisitos específicos que permitirán llevar a su madurez las potencialidades de la naturaleza humana según el modo previsto por el Buddha. La política educativa debe estar guiada por el doble propósito de inculcar valores tanto como impartir conocimientos. No sólo debe orientarse hacia el desarrollo de habilidades sociales en todo su rango, sino también a fomentar en los estudiantes el desarrollo de la nobleza espiritual.

Sin embargo, en nuestras sociedades occidentales secularizadas en que la tendencia es a separar de forma quirúrgica el ámbito religioso del ámbito del estado y en que la educación ha tomado prácticamente la consideración de un producto comercial cuyos contenidos se adaptan cada vez más a los gustos particulares del consumidor, ¿en quién recaerá la responsabilidad de impartir lo que, en definitiva, constituye los principios fundamentales del Dhamma?

Las organizaciones budhistas europeas no podemos ponernos de perfil ante esta realidad que nos afecta a todos por igual. Ha llegado el momento de comprometernos con el futuro de nuestros países y en beneficio de las nuevas generaciones. Tenemos que intentar ser oídos por las administraciones competentes en educación y hacer las aportaciones oportunas según un modelo de educación diseñado en base a los ideales de la vida budhista. El hecho de que el Buddhismo sea minoritario en nuestros países no debe impedirnos la participación. Tenemos la inmensa suerte de vivir en países occidentales desarrollados en que el ciudadano y las organizaciones sociales tienen la oportunidad de participar en la vida política y social a través de canales perfectamente establecidos para ello. Evidentemente, no se tratará de imponer nuestros criterios, sino de aportar la visión de la educación que nos es propia. Los sectores educativos de las Iglesias cristianas llevan siglos haciéndolo y otras creencias religiosas de reciente llegada a Europa ya han empezado a exigir la adaptación de los modelos educativos a sus creencias en función del respeto que merecen las minorías en los estados democráticos.

La principal aportación que puede hacer el modelo budhista de educación es el objetivo de la transformación del carácter, que es precisamente lo que más se descuida en los modelos educativos vigentes como ya hemos mencionado. El carácter es moldeado por los valores transmitidos por los ideales edificantes, de modo que son estos ideales los que se convierten en el centro del modelo. En los mismos discursos del Buddha, podemos encontrar las cinco cualidades que caracterizan al discípulo modélico, tanto monje como laico. Éstas son la fe entendida como confianza, la virtud, la generosidad, el conocimiento y la sabiduría. Fe y generosidad tienen que ver con amansar la parte emocional de la naturaleza humana. El conocimiento y la sabiduría se relacionan directamente con el intelecto. Y la virtud o moralidad participa de ambos lados de la personalidad: gobierna las emociones y ayuda a desarrollar la claridad y honestidad necesarias para la realización de la verdad. Así pues, la educación budhista se dirige a una transformación paralela del carácter y la inteligencia de las personas, manteniendo ambos en equilibrio. Esa es nuestra propuesta.

Debe quedar claro que esta aportación va más allá de la exclusiva enseñanza de la religión. Los principios éticos budhistas de los que hablamos son compartidos por todas las religiones y no hay sistema social o político en el mundo que no esté de acuerdo en su carácter positivo para el propio desarrollo humano y, por lo tanto, social.

En lo que tiene que ver ya directamente con la religión, las diferencias son muchas entre los distintos credos. En los países mayoritariamente budhistas, la enseñanza del Dhamma se lleva

a cabo en los templos y corre a cargo de los monjes en las tradicionales escuelas dominicales. Podemos encontrar un equivalente en las iglesias cristianas y en las mezquitas musulmanas, que imparten el Catecismo y el Corán al margen de la educación reglada impartida en las escuelas. Sin embargo, en el caso del Buddhismo en occidente, éste es un modelo de difícil implantación debido a su propia estructura organizativa, no especialmente diseñada en base a objetivos proselitistas o misioneros. Así pues, excepto en contadas excepciones limitadas a unos pocos monasterios en Europa, el sistema de valores buddhista tiene pocas oportunidades de llegar a nuestra sociedad y aún más difícilmente a nuestros jóvenes de forma directa.

En los países europeos, podemos hablar de diferentes modelos educativos en lo relativo a la enseñanza de la religión. La tendencia a una cultura secularizada ha promovido la aparición de escuelas laicas, cuyo ideario educativo queda al margen de cualquier filosofía religiosa. La enseñanza de la religión en forma de fenómeno cultural o como parte de la historia de la civilización queda, en última instancia, a decisión de los padres. En el extremo opuesto, encontramos las escuelas confesionales, principalmente cristianas y de larga tradición, con órdenes religiosas dedicadas exclusivamente a la enseñanza. En estas escuelas la religión impregna todo el curriculum formativo y, lógicamente, se presta muy poca o ninguna atención a otras religiones. El término medio lo encontramos en escuelas de carácter mixto en que se ofrece la enseñanza de las religiones como historia o filosofía de las mismas, pero sin la preeminencia de una religión en concreto más allá de lo que resulte normal dada la tradición socio-cultural propia de cada país.

Es en los casos en que la enseñanza del Buddhismo forma parte de la enseñanza religiosa donde las organizaciones buddhistas en general y las uniones buddhistas nacionales en particular tienen un papel determinante que jugar en lo que se refiere a garantizar la calidad tanto de los textos como de la enseñanza impartida. El Buddhismo ya no puede seguir siendo enseñado en nuestras escuelas como algo exótico, lejano y ajeno a la realidad occidental. Esta consideración ha llevado a una enseñanza superficial y casi anecdótica de la filosofía buddhista, despojándola de sus características singulares y su profundidad. El Buddhismo ya forma parte de nuestras sociedades y crece en nuestras ciudades y pueblos en formas diversas, desde templos y monasterios buddhistas de distintas tradiciones hasta centros de meditación o culturales. Nosotros mismos, junto a los buddhistas orientales que se asientan en nuestros países, somos claros exponentes de la presencia del Buddhismo en occidente, y es de nuestra responsabilidad reivindicar nuestro puesto en la sociedad.

Convencidos como estamos de la idoneidad de las enseñanzas del Buddha para afrontar los problemas sociales de nuestra época en occidente, las organizaciones buddhistas tenemos que actuar de una forma mucho más proactiva de lo que hemos venido haciendo hasta ahora. El modo dependerá en cada caso de las características propias de cada país y, en concreto, de cada comunidad. Es tarea de todos “salir a la calle” en una doble vertiente dirigida a hablar con la administración y las instituciones, y directamente con nuestros conciudadanos.

La cuestión que se plantea a continuación es quién y cómo se enseña el Buddhismo; quién está capacitado y tiene el reconocimiento de la comunidad para enseñarlo y cuál es la forma de hacerlo. Para intentar responder a esta pregunta, me referiré más tarde al caso de España, que, por sus características socio culturales y su tradición católica, podría tener ciertas similitudes con otros países como es el caso de Francia, Italia o Portugal.

Hay que empezar diciendo que la tradición budhista define meticulosamente los deberes del Sangha de los monjes y de los laicos, sus relaciones recíprocas y su papel dentro de la estructura de esta filosofía religiosa. Los monjes tienen entre sus deberes mantener la enseñanza mediante el estudio, la práctica, la predicación y el ejemplo moral. Por su parte, los laicos deben apoyar a los monjes, proporcionándoles los cuatro requisitos de ropa, comida, alojamiento y medicamentos. Esta estrecha relación ha permitido el desarrollo estable del Buddhismo en sus distintas variantes a lo largo de los siglos.

Si bien es cierto que ese desarrollo ha tenido fluctuaciones en cada uno de los países dependiendo de avatares de toda índole -desde cambios políticos a episodios bélicos pasando por catástrofes naturales, crisis sanitarias u ocupaciones coloniales- que han hecho que el Buddhismo haya experimentado etapas de esplendor y otras en las que ha peligrado su existencia, nunca como ahora el fenómeno religioso en general -no sólo el Buddhismo- ha estado tan en cuestión. El fenómeno del secularismo y la globalización, producidos y alentados por una innovación tecnológica exponencial y una economía de libre mercado arrolladora que fomenta el materialismo más crudo, están vapuleando como nunca antes las certezas religiosas de la dimensión espiritual del ser humano. Esta situación no puede llevarnos, en ningún caso, a la simple constatación de los hechos como algo inevitable, lo que nos llevaría a la triste resignación y al inmovilismo; tampoco al lamento o a la queja, buscando culpables a quienes echar la culpa del desastre. La única opción válida es plantearnos qué podemos hacer para cambiar esta deriva. Los planteamientos que han servido hasta ahora han dejado de hacerlo en una sociedad que cambia a una velocidad de vértigo y la religión tal y como estábamos acostumbrados a considerarla tendrá que evolucionar en un ejercicio de adaptación constante si no quiere convertirse más pronto que tarde en una mera reliquia del pasado. La Sāsana¹ no es un ente abstracto, sino que se concreta en millones de personas que se llaman budhistas y buscan refugio en la Triple Joya, en gente como nosotros. Y esto significa, ni más ni menos, que también será responsabilidad nuestra la prosperidad o la decadencia del Buddhismo en nuestros países.

El reto más grande al que nos enfrentamos es el de sobrevivir en este nuevo orden mundial, superando los obstáculos que nos asaltan a cada momento de modo que podamos contribuir a recuperar los valores humanos universales y ayudar a las personas a encontrar una salida ante su angustia existencial. Es precisamente aquí donde el Sangha de los monjes tiene un papel fundamental que jugar; los laicos necesitamos de su apoyo y asistencia ya que son ellos los que pueden ofrecer, además de un profundo conocimiento del Dhamma del Buddha, una visión y un claro ejemplo de vida moral frente a la codicia, el conflicto y la violencia. Pero aquí nos enfrentamos a otro problema: la realidad de lo que conocemos nos lleva a pensar que el Sangha no está preparado para dar respuesta a este reto.

Sin querer entrar en las causas ni hacer un análisis de las características tanto de la fe cristiana como de la Iglesia católica, quiero señalar que en España, así como en otros países europeos, se ha producido un creciente distanciamiento de significativos sectores de la población respecto de los ritos cristianos, lo que se manifiesta en el aumento del número de no creyentes y la

¹ Sāsana: Es con este término pali como la tradición Theravada se refiere al mismo Buddhismo como religión o no-religión, entendiendo que la palabra religión se aplica habitualmente a los credos teístas.

disminución constante del número de practicantes. La religión ha sido hasta ahora, en casi todas las sociedades europeas, un componente central de la institución de la sociedad y, particularmente en los países de tradición católica, éste es un hecho que no se puede obviar porque sigue definiendo comportamientos y dando forma a expresiones socioculturales. Quizá la creencia profunda en la religión haya dado paso a una religiosidad basada en la tradición, pero sigue estando presente.

En este tipo de sociedades, a la figura del religioso, sacerdote o monje, si bien ya no tiene ni de lejos la misma autoridad o consideración que pudo tener hace décadas, se le sigue presuponiendo un cierto grado de autoridad moral que le faculta para tratar sobre temas de espiritualidad a la vez que se le exige, como a ningún otro, un comportamiento moral ejemplar. La institución eclesiástica ya no goza de la posición social y el respeto que le permitían investir por imperativo a todos sus miembros de esa misma posición. Hoy día, es el religioso quien tiene que ganarse el respeto de la comunidad en base a sus obras y comportamiento y, cuando es así, la comunidad no tienen ningún reparo en concedérselo. Esta característica sería perfectamente aplicable en el caso de los monjes budhistas.

Así pues, podemos afirmar que los budhistas laicos están preparados para aceptar al monje y darle la consideración de piedra angular sobre la que empezar a construir una comunidad budhista, pero el monje debe contar con una serie de características tales como inteligencia, perspicacia y sensibilidad de modo que puedan demostrar el poder espiritualmente ennobecedor y enriquecedor del Dhamma. A estos requisitos hay que añadirle un conocimiento profundo de nuestras sociedades occidentales y, como no, de nuestro idioma. Cuanto menos, parece difícil que estas características se reúnan de forma natural en la persona de un monje si no se da previamente una preparación a conciencia y que persiga este objetivo concreto. Desgraciadamente, nada de esto se da en la inmensa mayoría de los monasterios budhistas de Asia.

Antes, he hecho mención a que la estructura de la Sāsana no está diseñada ex profeso para la difusión del Buddhismo en el mundo. De hecho, en algunos países budhistas, los miembros del Sangha ni siquiera conciben el hecho de que el Buddhismo haya llegado o tenga un desarrollo propio en occidente. Y de ser así, parece una circunstancia completamente ajena a sus preocupaciones; algo que nunca se han planteado porque la formación recibida no ha contemplado en ningún momento el carácter universal del Dhamma. Sin embargo, la globalización supone otro de los grandes retos a los que tienen que enfrentarse las religiones, de modo que, por primera vez en la historia, se ven en la tesitura de tener que confrontar sus planteamientos entre sí ante un mismo público global y ello exige una formación que hasta el momento no había sido imprescindible.

Si comparamos el sistema de enseñanza de los monasterios budhistas con, por ejemplo, los programas de estudios de los seminarios cristianos, la diferencia es abismal. Los monjes y monjas son capacitados de una manera integral, no solamente en las materias que son propias del que será su futuro ministerio, como es el latín, la teología o las Escrituras, sino en todos los campos del conocimiento moderno que necesitarán para desarrollar su actividad en todo el mundo, como pueden ser la psicología, la sociología, las ciencias, el estudio comparado de las religiones o los idiomas. En el caso de los monasterios budhistas tradicionales, los monjes adquieren una formación que les capacitará únicamente para convertirse en monjes de aldea,

para hacerse cargo de un templo y dirigir la escuela dominical. No cuentan con un conocimiento profundo de otras escuelas o tradiciones budhistas aparte de la propia, ni mucho menos en lo que se refiere a otras religiones. Pero lo peor y más triste es que, podemos afirmar que tampoco conocen nada sobre el mundo. En definitiva, están destinados a ser sacerdotes capaces únicamente de preservar una cultura religiosa que ha permanecido igual en los últimos siglos, sin muchas más posibilidades aparte de perpetuarla.

Son muy pocos los monasterios bajo la dirección de un abad con una visión moderna y global convencidos de la necesidad de apertura. También la enseñanza budhista universitaria supone hoy en día una esperanza de que se puedan corregir estas deficiencias, pero esto no es suficiente. El sistema educativo budhista requiere de una reforma en profundidad que tiene que partir de la comprensión por parte de los responsables de la administración del Sangha de la existencia del problema y de la necesidad urgente de articular una solución.

Atendiendo a las opiniones vertidas al respecto por algunas voces autorizadas de entre los monjes budhistas académicos, la reforma debe partir desde el propio sistema de reclutamiento, imponiendo criterios de admisión más estrictos basados en las aptitudes de los candidatos. A partir de ahí, podrían permanecer durante un periodo mínimo de dos o tres años como postulantes laicos antes de ser considerados como elegibles para la ordenación como novicios. Esto permitiría a los mayores del Sangha conocer las cualidades de los jóvenes y descartar a aquellos que no parecen adecuados para la vida monástica. Esta medida evitaría la existencia en las calles de tantas ciudades asiáticas de demasiados jóvenes vistiendo túnicas de monjes que en realidad no merecen vestir y que, desgraciadamente, suponen un descrédito para el Sangha y para el mismo Buddhismo.

A partir de ahí, se hace igualmente imprescindible ofrecer a los jóvenes ordenados un programa de estudios de calidad, adaptado a nuestro tiempo y adecuado a los retos que he mencionado hasta ahora. De no ser así, estaremos condenando a muchos jóvenes monjes a la frustración y el descontento, una vez comprueben por sí mismos y con el paso del tiempo las limitaciones a las que se ven sometidos por la falta de preparación. Es imprescindible que el monje encuentre sentido y felicidad en la vida que ha elegido y que su formación le permita responder adecuadamente a dos exigencias diferentes: por un lado, permanecer fiel a los antiguos ideales prescritos para el Sangha por el mismo Buddha y, por otro, responder a las realidades cotidianas de la vida en el mundo contemporáneo, lo que le permitirá sentir que tiene un papel relevante en relación a la comunidad a la que sirve. El monje no puede verse como un anacronismo, como un vestigio del pasado. Hay que poner todos los medios necesarios para que encuentre un contexto que dé sentido y valor a su vida, confirmando el acierto que supuso para él en su momento la decisión de ordenarse. Sin embargo, hay un punto que debería subrayarse de forma especial: la búsqueda de un papel significativo en relación a la sociedad actual nunca debería ser utilizada por el monje para justificar la adopción de un estilo de vida que traicione su vocación especial, caracterizada por la renuncia.

Desde occidente, tenemos que hacerle llegar a los responsables del Sangha nuestra voz de alarma, relatando la experiencia en nuestros países de los monjes jóvenes y no preparados que aterrizan en nuestras ciudades como si lo hicieran en otro planeta. En la mayoría de los casos, estos monjes no tienen ni las herramientas intelectuales ni la fortaleza emocional suficientes como para afrontar un choque cultural como el que supone el traslado desde la realidad de la

vida monástica asiática a la urbana de los países occidentales. Por carecer, carecen incluso del conocimiento de la lengua del país de destino. En la mayor parte de los casos, estos monjes se refugian en los centros budhistas étnicos para atender a la comunidad asiática emigrante, estableciendo un cordón de protección frente a la realidad social circundante. En este caso concreto, la presencia de estos monjes en nuestros países es completamente inútil. En el peor de los casos, la presión exterior, los reclamos de la vida secular, la impresión producida por el espejismo de un paraíso de posibilidades, les llevará a colgar los hábitos y abandonar la vida monástica.

Mientras esta situación no se solucione, la única alternativa que nos queda a las comunidades budhistas de nuestros países es contar con los pocos monjes occidentales que se ordenaron en Asia y que, posteriormente, han vuelto a sus países de origen para abrir o dirigir centros budhistas. En países como España, es muy difícil que prospere una comunidad budhista sin la existencia de un monje en su papel de director espiritual. Los laicos podemos llevar a cabo actividades muy variadas, desde la promoción y la enseñanza de la práctica de la meditación, hasta difundir el Dhamma en forma de charlas, encuentros, la edición de libros, etc. Pero son casos contados los de aquellos preparados para responder de forma efectiva a las necesidades espirituales de los miembros de la comunidad o, directamente, a las cuestiones que se plantean en torno al Dhamma y cuya respuesta hay que buscarla en los mismos textos canónicos.

En nuestra sociedad, si la responsabilidad de estudiar y enseñar las enseñanzas contenidas en el Dhamma del Buddha van a ser asumidas por los laicos, debemos ser conscientes de que el Sangha de los monjes corre el riesgo de convertirse en irrelevante en un futuro próximo. Veremos la aparición de un Budhismo secular en los países occidentales, que es realmente la parte del mundo donde hoy crece el Budhismo. En estas sociedades seculares, nadie va reclamar la presencia de los monjes si no tienen un papel exclusivo e imprescindible que jugar. Los practicantes Theravada somos quizás más conscientes que otros de la importancia de conocer y estudiar el Canon Pali. Necesitamos la asistencia de monjes, monjes preparados para insertarse en nuestra sociedad y con capacidad para atender nuestras necesidades espirituales. Así pues, desde aquí, quiero hacer un llamamiento a los responsables de la administración del Sangha y de la formación de los monjes, y lo haré citando al Venerable Bhikkhu Bodhi (1998):

“Hoy en día, una nube de confusión moral y espiritual se cierne sobre la humanidad, una nube que crece cada vez más oscura y más gruesa. La verdadera tarea del Sangha y del Budhismo en sí es ayudar a disipar esta confusión con las propias sabiduría y compasión ilimitadas del Buddha. Pero si el Sangha está por asumir este reto, tiene que estar dispuesto a hacer algunos cambios radicales en su propio sistema de reclutamiento, formación y práctica. Ciertamente, será una tarea difícil, pero es una tarea que debe llevarse a cabo”.

© Ricardo Guerrero. Presidente de la Asociación Hispana de Budhismo. 2016